

minotauro

PHILIP K. DICK

TIEMPO DE MARTE



PHILIP K. DICK

TIEMPO DE MARTE

minotauro

Título original: *Martian Time-Slip*

© 1964, Philip K. Dick
Copyright renewed © 1992, Laura Coelho, Christopher Dick and Isa Hackett
All rights reserved

© Traducción de Marcelo Cohen
© Editorial Planeta, S. A., 2002
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0735-8
Depósito legal: B. 21.108-2020

Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Desde un profundo sueño de fenobarbital, Silvia Bohlen oyó una llamada. Era una voz aguda y partió los estratos en que estaba hundida, estropeando un perfecto estado de impersonalidad.

–Mamá –volvió a llamar su hijo desde fuera.

Sentándose, Silvia bebió un trago de la copa de agua que tenía junto a la cama; apoyó los pies descalzos en el suelo y se levantó con dificultad. Hora en el reloj: nueve treinta. Encontró la bata y fue hasta la ventana.

«No puedo volver a tomarlo», pensó. Más valía sucumbir al proceso esquizofrénico, sumarse al resto del mundo. Subió la persiana; el polvoriento matiz rojizo de la luz del sol la encegueció. Alzó la mano.

–¿Qué pasa, David? –dijo.

–¡Mamá, ha venido el hombre del canal!

De modo que era miércoles. Asintió, dio media vuelta, con paso inestable fue del dormitorio a la cocina, y encendió torpemente la buena y sólida cafetera terrestre.

«¿Qué debo hacer? –se preguntó–. Está todo preparado para él. De cualquier manera, David va a verlo.» Abrió el grifo del fregadero y se salpicó la cara. El agua,

desagradable y teñida, la hizo toser. «Tendríamos que vaciar el tanque –pensó–. Limpiarlo, ajustar el nivel de cloro y comprobar cuántos filtros se han tapado; todos, quizá. ¿No podía hacerlo el hombre del canal? No, eso no era asunto de la ONU.»

–¿Necesitas algo? –preguntó abriendo la puerta de atrás. El viento la envolvió en un remolino, frío y arenoso. Inclino la cabeza y esperó la respuesta de David. Estaba adiestrado para decir que no.

–Supongo que no –gruñó el niño.

Más tarde, sentada en bata a la mesa de la cocina, bebiendo café ante un plato de tostadas y compota de manzanas, volvió los ojos hacia la figura del hombre de pie, en la chalana que recorría oficialmente el canal, bufando, sin apresurarse nunca pero llegando siempre a tiempo. Era el año 1994, la segunda semana de agosto. Hacía quince días que esperaban, y ahora recibirían su ración de agua. El gran canal pasaba cerca de esa línea de casas, a un kilómetro y medio hacia el norte marciano. El hombre amarró la chalana ante la compuerta y saltó a tierra con una carpeta de anillas –en la que guardaba los registros– y las herramientas que cambiarían la posición del desagüe. Llevaba un uniforme gris y embarrado y botas altas casi marrones, cubiertas de limo seco. ¿Alemán? No. Cuando el hombre volvió la cabeza, Silvia vio una cara chata y esclava, y en el centro de la visera de la gorra una estrella roja. Esta vez les tocaba a los rusos; había perdido el hilo.

Y evidentemente no era ella la única que había perdido el hilo de la secuencia de rotación que las autoridades de la ONU habían establecido. Porque ahora veía que la familia de la casa vecina, los Steiner, estaba ya en el porche y se disponía a acercarse al canal. Los

seis: el padre, la robusta madre y las cuatro rubias, rollizas y ruidosas niñas Steiner.

El agua que el hombre estaba cerrando era la de los Steiner.

–*Bitte, mein Herr* –empezó a decir Norbert Steiner, pero entonces él también vio la estrella roja y se calló.

Silvia disimuló una sonrisa. «Qué mal», pensó.

David abrió la puerta trasera y entró deprisa en la casa.

–¿Sabes, mamá? ¡Anoche hubo un escape en el depósito de los Steiner y han perdido la mitad del agua! O sea que no les alcanza para el huerto, y el señor Steiner dice que se les morirá.

Ella asintió, masticando el último trozo de tostada. Encendió un cigarrillo.

–¿No es terrible, mamá? –dijo David.

–Y los Steiner –dijo Silvia– quieren que les dejen un poco más de agua.

–No podemos permitir que se les muera el huerto. ¿Te acuerdas de nuestro problema con las remolachas? El señor Steiner nos dio ese producto que acabó con los escarabajos, y nosotros íbamos a regalarles parte de las remolachas pero no lo hicimos; nos olvidamos.

Era verdad. Silvia lo recordó con un sobresalto de culpa. Se lo habíamos prometido... y ellos no dijeron nada, aunque seguramente no lo habían olvidado. Y David siempre está jugando allí.

–Por favor, sal y habla con el hombre –rogó David.

Ella dijo:

–Quizá podríamos darles un poco de agua a mediados de mes; podríamos llevar una manguera hasta su huerto. Pero lo del escape no me lo creo. Siempre quieren más de lo que les corresponde.

–Ya lo sé –dijo David, bajando la cabeza.

–No se merecen más, David. Nadie se merece más.

–Es que no saben cómo cuidar la propiedad –dijo David–. El señor Steiner no entiende nada de herramientas.

–Pues es responsabilidad de ellos.

Se sentía irritada, y se le ocurrió que no se había despertado del todo; necesitaba un Dexamyl o no acabaría de abrir los ojos hasta que anocheciera de nuevo y llegase la hora de otro fenobarbital. Fue hasta el cuarto de baño, sacó el frasco del botiquín, lo abrió y contó las píldoras verdes con forma de corazón; le quedaban veintitrés. Pronto tendría que subirse al enorme tractorbús y cruzar el desierto hasta la ciudad, para que se las repusieran en la farmacia.

Desde encima de su cabeza le llegó un gorgoteo fuerte, resonante. El depósito de la azotea había empezado a llenar la cisterna de metal. El operario había cerrado la compuerta; los ruegos de los Steiner habían sido en vano.

Sintiéndose cada vez más culpable, llenó de agua una copa para tomar la píldora matutina. «Si Jack estuviera más en casa... –se dijo–; esto es tan desértico... Estamos reducidos a una mezquindad que es una forma de barbarie. ¿Qué sentido tienen la tensión, las rencillas, el terrible cuidado por cada gota de agua que domina nuestra vida? Tendría que haber algo más... Al comienzo nos habían prometido tanto...»

A todo volumen, en una casa cercana, sonó una radio que emitía una alborotada músicaailable; luego un locutor recomendó una marca de herramientas agrícolas.

–... Profundidad y ángulo del surco –declaraba la voz, reverberando en el aire frío de la mañana– programados y autoajustables, de modo que aun el propietario más inexperto y menos hábil podrá...

Volvió la músicaailable, habían cambiado de emisora.

Se oyó un parloteo de niños. «¿Va a ser así todo el día? –se preguntó Silvia, considerando si podría soportarlo–. Y Jack en su trabajo, fuera hasta el fin de semana; era casi como no estar casada, como no tener un hombre. ¿Para esto he emigrado de la Tierra?» Se tapó los oídos con las manos, intentando aislarse del ruido de radios y niños.

«Debería volver a la cama, es mi lugar», pensó mientras terminaba de vestirse para el día que tenía por delante.

En el despacho de Bunchewood Park, en el centro de la ciudad, Jack Bohlen hablaba por radioteléfono con su padre, que estaba en Nueva York. Como siempre, la comunicación a través de millones de kilómetros mediante un sistema de satélites, no era muy buena; pero la llamada la pagaba Leo Bohlen.

–¿Cómo que en los montes Franklin D. Roosevelt? –dijo Jack en voz alta–. Te equivocas, papá, allí no hay nada, es una región totalmente baldía. Cualquier agente inmobiliario te lo dirá.

Le llegó la tenue voz de su padre:

–No, Jack, creo que tiene sentido. Quiero ir a echar un vistazo y discutirlo contigo. ¿Cómo están Silvia y el muchacho?

–Bien –dijo Jack–. Pero oye... No te comprometas, porque es bien sabido que en Marte toda propiedad alejada de los canales que aún funcionan, y recuerda que solo funciona una décima parte de la red, es casi un fraude puro y duro.

No entendía cómo su padre, con tantos años de ex-

perencia en los negocios, sobre todo inversiones en tierra virgen, podía dejarse atrapar en un timo así. Lo asustaba. Quizás en los años que Jack llevaba sin verlo hubiese envejecido. Las cartas contaban muy poco: el padre se las dictaba a una mecanógrafa de la empresa.

O acaso en la Tierra el tiempo fluía de otro modo que en Marte; en una revista de psicología había leído un artículo que lo insinuaba. Su padre llegaría temblequeando, vieja reliquia canosa. ¿Había alguna forma de evitar la visita? David se alegraría de ver al abuelo, y Silvia también lo quería. Al oído de Jack Bohlen una voz distante relataba noticias de Nueva York, ninguna del menor interés. Para Jack eran irreales. Diez años antes había hecho un esfuerzo atroz por despegarse de su comunidad de la Tierra, y lo había conseguido; no quería saber nada de ella.

Y, sin embargo, el vínculo con su padre se mantenía, y dentro de muy poco lo apuntalaría el primer viaje de su padre al exterior de la Tierra; siempre había querido visitar otro planeta antes de que fuera tarde: en otras palabras, antes de morir. Pero pese a los avances en las grandes naves interplanetarias, viajar era arriesgado. A él no le importaba. Nada iba a arredrarlo; en realidad, ya había hecho la reserva.

–Dios mío, papá –dijo Jack–. Qué maravilla que te sientas capaz de hacer un viaje tan pesado. Espero que lo aguantes bien. –Se sentía resignado.

Enfrente, el jefe de Jack, el señor Yee, lo miró alzando un papelito amarillo, una nota de reclutamiento. El flaco y larguirucho señor Yee, con su pajarita y su traje recto: el estilo chino, rigurosamente arraigado en suelo extraño, tan auténtico como si el señor Yee estuviera haciendo negocios en el centro de Cantón. El señor Yee señaló el papelito y a continuación represen-

tó solemnemente el contenido: tembló, vertió algo de izquierda a derecha, se enjugó la frente y se aflojó el cuello de la camisa. Luego se miró el reloj que llevaba en la muñeca huesuda. En alguna granja lechera se había averiado un equipo de refrigeración, comprendió Jack Bohlen, y era urgente; en cuanto subiese la temperatura del día, la leche se echaría a perder.

–De acuerdo, papá –dijo–. Esperamos tu telegrama. Después de despedirse colgó.

– Siento haber hablado tanto –le dijo al señor Yee. Alargó la mano hacia el papel.

–Un hombre de edad no debería hacer ese viaje –dijo el señor Yee en su tono plácido, implacable.

–Está decidido a ver cómo nos va –dijo Jack.

–Y si no les va como él desearía, ¿puede ayudarlos? –El señor Yee torció la boca en una mueca de desdén–. ¿Se supone que tienen que haberse hecho ricos? Dígame que diamantes no hay. Los tiene la ONU. En cuanto a la llamada que le indicaba: según el archivo, hace dos meses reparamos ese equipo de refrigeración por la misma queja. El problema está en la fuente de energía o el conducto. En el momento menos pensado el motor aminora la marcha hasta que el seguro lo apaga para evitar que se queme.

–Miraré qué otra fuente tienen conectada al generador –dijo Jack.

«Trabajar para el señor Yee era difícil», pensó mientras subía a la terraza, donde estaban los helicópteros de la empresa. Todo se llevaba a cabo en términos racionales. El señor Yee tenía el aspecto de una calculadora y así se comportaba. Seis años atrás, cuando él tenía veintidós, había calculado que una empresa en Marte sería más rentable que en la Tierra. En Marte había una necesidad clamorosa de servicios de mante-

nimiento para cualquier clase de maquinaria, de todo lo que constara de partes montadas, porque transportar unidades nuevas desde la Tierra era muy caro. La misma tostadora vieja que en la Tierra se hubiera convertido inmediatamente en chatarra, en Marte seguía funcionando. El señor Yee aplaudía la idea de recuperar cosas. Había crecido en la atmósfera frugal, puritana de la China Popular y no le gustaba el despilfarro. Y como ingeniero eléctrico de la provincia de Honán tenía experiencia. Así, serena y metódicamente había llegado a una decisión que para la mayoría era un desgarramiento emocional catastrófico; había hecho sus planes para emigrar de la Tierra, exactamente como si hubiera ido al dentista para ponerse una dentadura de acero inoxidable. Sabía hasta el último dólar ONU cuánto podía recortar desde un principio los gastos generales. Era una operación secundaria, pero extremadamente profesional. Desde 1988, en seis años no había parado de expandirse, hasta que ahora sus técnicos tenían la prioridad en casos de emergencia; ¿y qué no era una emergencia en una colonia que aún tenía dificultades para cultivar rábanos y enfriar una minúscula producción de leche?

Jack Bohlen cerró la puerta del helicóptero, encendió el motor y pronto se alzaba sobre los edificios de Bunchewood Park, en el opaco cielo brumoso de la mañana, rumbo a su primer servicio del día.

Lejos, a la derecha, una enorme nave culminaba su viaje desde la Tierra posándose en el círculo de basalto, la base de recepción de cargamento vivo. Otros cargamentos se depositaban unos ciento cincuenta kilómetros al este. El que había llegado era un transporte de primera, y en breve sería visitado por artefactos operados a distancia que librarían a los pasajeros de cual-

quier virus o bacteria, insecto o semilla que llevaran encima. Los pasajeros emergerían desnudos como recién nacidos, pasarían por baños químicos, mascullarían irritados durante ocho horas de pruebas... y por fin, una vez asegurada la supervivencia de la colonia, podrían ocuparse de la supervivencia personal. Quizás algunos fueran incluso devueltos a la Tierra; aquellos cuyo estado implicara defectos genéticos revelados por el estrés del viaje. Jack pensó en su padre sufriendo pacientemente el proceso de inmigración. «Hay que hacerlo, muchacho –diría–. Es necesario.» El viejo, fumando un cigarro, meditando; un filósofo con una educación de siete años en el período más salvaje de la escuela pública neoyorquina. «Es extraño –pensó– cómo se revela el carácter. El viejo estaba en contacto con algún nivel de conocimiento que le decía cómo comportarse, no en el sentido social, sino de un modo más profundo, más permanente. Se adaptará a este mundo –decidió Jack–. Una estancia corta le bastará para integrarse mejor que Silvia y yo. Más o menos como David...»

Se llevarían bien, su padre y el muchacho. Astutos y prácticos los dos y, sin embargo, caprichosamente románticos, como probaba el impulso de su padre de comprar tierra en algún lugar de los montes FDR. Montes. Era el último jadeo de esperanza eterna que brotaba del viejo; he ahí una tierra que se vendía por casi nada, sin compradores, la frontera auténtica que las zonas habitables de Marte manifiestamente no eran. Debajo de él Jack divisó el canal Senador Taft y alineó el vuelo con su curso; el canal lo llevaría a la hacienda lechera McAuliff, con sus miles de hectáreas de pastos mustios y su manada de Jerseys en un tiempo apreciadas, ahora reducidas por un entorno difícil a

un parecido remoto con sus ancestros. Ese era el Marte habitable, una casi fértil telaraña de líneas radiales y entrecruzadas apta para que la vida se mantuviera a duras penas, no más. El Senador Taft, que ahora Jack tenía exactamente debajo, exhibía un verde estancado y repelente; era agua reciclada y filtrada, pero que allí mostraba los añadidos del tiempo, el limo subyacente, la arena y los contaminantes que le daban cualquier atributo menos la potabilidad. Sabía Dios qué álcalis habría absorbido la población a esas alturas e incorporado a los huesos. No obstante estaban vivos. Por castaño amarillenta que fuese, por muchos sedimentos que contuviera, el agua no los había matado. Mientras que al oeste los confines esperaban que la ciencia arrimara el hombro y obrara su milagro.

Los equipos arqueológicos que habían llegado a Marte a comienzos de los setenta habían planeado cuidadosamente las fases de retirada de la antigua civilización, que los seres humanos empezaban a reemplazar. Esa civilización nunca se había establecido en el verdadero desierto. Como la del Tigris y el Éufrates en la Tierra, evidentemente se había aferrado a lo que se pudiese irrigar. La antigua cultura marciana solo había ocupado un quinto de la superficie del planeta, dejando el resto como lo había encontrado. La casa de Jack Bohlen, por ejemplo, cerca de la confluencia del canal William Butler Yeats con el Heródoto, estaba casi al borde de la red que había alimentado la fertilidad del suelo durante los últimos cinco mil años. Los Bohlen eran pobladores tardíos, aunque once años atrás nadie habría podido pensar que la emigración bajaría tan asombrosamente.

La radio del helicóptero hizo ruidos de estática y una versión metálica de la voz del señor Yee anunció:

—Jack, tengo una llamada más para usted. La delegación de la ONU dice que la Escuela Pública tiene desperfectos y el técnico no está disponible.

Tomando el micrófono, Jack respondió:

—Lo siento, señor Yee. Como creo haberle dicho, no estoy capacitado para tocar unidades escolares. Será mejor que eso lo manejen Bob o Pete. Estoy seguro de habérselo dicho ya —concluyó mascullando.

En su estilo lógico, el señor Yee dijo:

—Es una reparación vital, Jack, y por lo tanto no podemos rechazarla. Nunca nos hemos negado a hacer un trabajo. Su actitud no es positiva. Tendré que insistir en que se encargue de hacerlo. Lo más pronto posible enviaré a la escuela otro técnico que lo ayude. Gracias, Jack. —El señor Yee cortó.

—Gracias a ti —murmuró ácidamente Jack Bohlen.

Debajo veía ahora los comienzos del segundo asentamiento. Eso era Lewistown, residencia principal de la colonia del sindicato de fontaneros, una de las primeras en organizarse en el planeta. Los técnicos eran parte de la población, lo que no favorecía al señor Yee. Si el trabajo se ponía demasiado desagradable, Jack Bohlen siempre podía hacer las maletas, emigrar a Lewistown y unirse al sindicato. Tal vez hasta consiguiera un empleo mejor pagado. Pero los últimos acontecimientos políticos en la colonia del sindicato de fontaneros no le gustaban. Arnie Kott, presidente del Sindicato Local de Trabajadores del Agua, solo había sido elegido después de una campaña muy peculiar y una segunda vuelta con más irregularidades de lo corriente. Jack intuía que su régimen no era de los que a él le habría gustado soportar; por lo que había visto, el gobierno del anciano tenía todos los elementos de una tiranía del Renacimiento temprano, con una pizca de nepotismo añadida. Econó-

micamente, sin embargo, al parecer la colonia progresaba. Tenía un avanzado programa de obras públicas y la política fiscal había propiciado una enorme reserva de metálico. No solo era eficiente y próspera, también era capaz de proporcionar trabajo decente a todos sus habitantes. Exceptuando el asentamiento israelí del norte, la colonia del sindicato era la más viable del planeta. Y el asentamiento israelí contaba con la ventaja de disponer de inquebrantables unidades de choque, acampadas en el desierto mismo, aplicadas a toda clase de proyectos de recuperación, desde el cultivo de naranjas hasta el refinamiento de fertilizantes químicos. Nuevo Israel había recuperado ella sola un tercio de toda la tierra del desierto que ahora era tierra de cultivo. De hecho, era la única colonia de Marte que exportaba su producción a la Tierra en cantidades ilimitadas.

Lewistown, la capital del Sindicato de Trabajadores del Agua, quedó atrás, y después el monumento a Alger Hiss, el primer mártir de la ONU; luego vino el desierto abierto. Reclinándose, Jack encendió un cigarrillo. Bajo el acuciante escrutinio del señor Yee, se había marchado sin el termo de café y ahora lo echaba en falta. Tenía sueño. «No conseguirán hacerme trabajar en la Escuela Pública –se dijo con más rabia que convicción–. Renunciaré.» Pero sabía que no iba a renunciar. Iría a la escuela, pasaría alrededor de una hora haciendo pequeños ajustes, fingiendo atarearse en reparaciones, y luego Bob o Pete se dejarían caer y harían el trabajo; la reputación de la empresa saldría bien parada y ellos podrían volver a las oficinas. Todo el mundo quedaría satisfecho, incluido el señor Yee.

Jack y su hijo habían visitado muchas veces la Escuela Pública. Eso era otra cosa. David, uno de los primeros del curso, estudiaba con las máquinas docentes más

avanzadas de la ruta. Se quedaba hasta tarde, aprovechando al máximo el sistema de clases individuales que tanto enorgullecía a la ONU. Jack miró el reloj; eran las diez. En ese momento, por lo que recordaba de las visitas y de los relatos de su hijo, David estaría con la Aristóteles, aprendiendo rudimentos de ciencia, filosofía, lógica, gramática, poética y de una física arcaica. De todas las máquinas docentes, David parecía obtener más de la Aristóteles, lo cual era un alivio; muchos niños preferían los profesores más relumbrantes: sir Francis Drake (historia de Inglaterra, fundamentos de civismo masculino), Abraham Lincoln (historia de Estados Unidos, conocimientos básicos de guerra moderna y del Estado contemporáneo) o personajes sombríos como Julio César y Winston Churchill. Por su parte, Jack había nacido demasiado pronto para beneficiarse del sistema escolar individual; de pequeño había ido a clases que compartía con otros sesenta niños y más tarde, en el instituto, se había encontrado entre mil alumnos frente a un profesor que hablaba por circuito cerrado de televisión. Si a pesar de todo lo hubieran aceptado en la nueva escuela, fácilmente habría localizado a su favorito: durante una visita con David, de hecho el primer día de contacto padres-profesores, había visto la Máquina Docente Thomas Edison y no había necesitado más. A David le había llevado casi una hora arrancar a su padre de allí.

Debajo del helicóptero, el desierto dio paso a una extensión de campos dispersos con algo de prados. Una valla de alambre marcaba el comienzo de la hacienda McAuliff, y con ella del área administrativa del estado de Texas. El padre de McAuliff había sido un magnate tejano del petróleo, y había financiado naves propias para la emigración a Marte; había vencido hasta a los del sindicato de fontaneros. Jack apagó el ciga-

rrillo y empezó a bajar, buscando los edificios de la hacienda contra el resplandor del sol.

El ruido del helicóptero asustó a una pequeña manada de vacas; las miró dispersarse al galope, esperando que McAuliff, un irlandés bajito y adusto con una actitud obsesiva hacia la vida, no lo hubiera notado. Por buenas razones, McAuliff tenía de sus vacas una visión hipocondríaca; sospechaba que había toda suerte de *cosas* marcianas empeñadas en perseguirlas, en volverlas flacas, enfermas e intermitentes en la producción de leche.

Encendiendo el radiotransmisor, Jack dijo al micrófono:

–Este es un aparato de servicio de la Compañía Yee. En respuesta a su llamada, Jack Bohlen pide autorización para aterrizar en la granja McAuliff.

Esperó a que de la enorme hacienda llegara la respuesta.

–De acuerdo, Bohlen. Todo despejado. De nada vale preguntarle qué lo ha retrasado tanto. –Era la voz resignada y gruñona de McAuliff.

–Llego en un minuto –dijo Jack con una mueca. Enseguida divisó delante las construcciones, blancas contra la arena.

–Aquí tenemos sesenta mil litros de leche –dijo la voz de McAuliff en el altavoz de la radio–. Como no ponga ese equipo en marcha ahora mismo se echarán a perder, maldita sea.

–A paso ligero –dijo Jack. Se llevó los pulgares a las orejas y le hizo al altavoz una grotesca mueca.